RUBEN DARIO, POETA TRANSATLANTICO

POR

JAIME DELGADO

I. Aclaración al canto

Pocas veces, a mi juicio, un adjetivo calificativo va unido a un nombre con mayor propiedad que el de *transatlántico* al de *poeta* en el caso del maestro Rubén Darío. Sin duda por entenderlo así, el escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona llamó al vate nicaragüense, en el poema que le dedicó a su muerte, precisamente así: «el divino poeta transatlántico». Blanco-Fombona no explica, naturalmente, el sentido en que escribió su expresión, y arreglados estaríamos si fuera necesidad o deber el aclarar las imágenes, metáforas y definiciones poéticas. Por eso, yo puedo decir ahora que, de los varios sentidos de la palabra *transatlántico,* son dos, fundamentalmente, los que pueden aplicársele a Darío con mayor exactitud: aquel según el cual *transatlántico* quiere decir lo perteneciente a las regiones situadas al otro lado del Atlántico y aquel otro que alude al tráfico, los medios de locomoción y —por extensión— las personas que atraviesan dicho océano. Rubén Darío lo cruzó doce veces en su nada larga existencia —cuarenta y nueve años—, y en cuanto al primer significado, el maestro nicaragüense es transatlántico, en la consideración de un español, justamente por eso: por ser de Nicaragua. Ahora bien, del mismo modo —y esto es lo que me interesa subrayar ahora— es también «transatlántico» para un compatriota suyo o para cualquier hispanoamericano. Y es que aquí, en definitiva, la expresión *transatlántico* tiene el valor de «hispánico», pues no en balde el mundo hispánico es la única entidad cultural de la Tierra que puede permitirse el lujo de tener todo un océano como lago interior.

Ello no quiere decir, de ningún modo, que me parezca impropia la expresión de Guillermo Díaz-Plaja cuando dice que Rubén era un «alma mediterránea», porque creo que también lo era, en efecto, sobre todo si se entiende el término «mediterráneo» en la relación que establece con el mar de ese nombre; como tampoco estimo errónea la definición del padre Dictino Alvarez, que llama al maestro «andaluz transoceánico», porque doy a esta frase mayor hondura y amplitud

que la simple de andaluz transplantado más allá del océano. Creo, no obstante, que la frase «poeta transatlántico» es más exacta por la dimensión intercontinental de Darío, por su valor hispánico y por sus vastedades oceánicas, y, además, por la estrechísima vinculación que le unió siempre con el mar y que le permitió a don Antonio Machado llamarle «ruiseñor de los mares».

Creo que no se ha estudiado el tema con la atención y la profundidad que merece, y no es éste, ciertamente, el momento de intentarlo. Pero desde sus primeros versos, Rubén Darío siente y demuestra esa vocación marinera que le lleva a emplear constantemente símiles e imágenes marinas en sus poemas. Dirá, por ejemplo, hablando de la vida:

porque ya estoy mar adentro
y no me puedo volver

Para agregar en seguida:

Ignoro de dónde vengo
ni adónde voy a parar:
he empezado a navegar,
ignota playa buscando,
y voy bogando, bogando
sobre las aguas del mar.

En el «Coloquio de los centauros», del libro *Prosas profanas,* dirá que «hay un alma en cada una de las gotas del mar», y el poeta va leyendo en las aguas y escuchando la palabra mágica de las ondas:

el vate, el sacerdote, suele oír el acento
desconocido; a veces enuncia el vago viento
un misterio, y revela una inicial la espuma
o la flor; y se escuchan palabras de la bruma.
Y el hombre favorito del numen, en la linfa
o la ráfaga, encuentra mentor: —demonio o ninfa.

Pero la confesión más clara está en el poema «Marina», de *Cantos de vida y esperanza,* donde no sólo llama al mar «armonioso» y «maravilloso» y dice que sus colores y músicas le dan la «sensación divina» de su infancia, sino que declara:

mar paternal, mar santo:
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.

Y años después, en el *Poema del otoño,* dirá:

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

Hay todavía más. Hay que en 1880, cuando Rubén Darío tiene solamente trece años de edad, escribe el poema titulado «Una lágrima», en el que se halla esta impresionante adivinación de lo que será después su vida, breve, aunque intensa vida, de poeta transatlántico:

El hombre, ser afligido,
viene aquí sólo a llorar;
mas su destino es tornar
a su «Paraíso perdido».
El camino
que le ha trazado el Destino
y siempre contempla absorto,
¡es, amigo, corto, corto!
El es alondra que vuela
de su nido muy distante;
que pasa su vida errante
cual en los mares la estela.

Por esas fechas escribió también:

Asido de las ramas del camino,
sangrando el corazón y el alma ansiosa,
sigue el hombre en los brazos del Destino
ciegos los ojos y la faz llorosa.

Pero por ese camino terrestre se marcha —como añadirá inmediatamente el poeta— «oyendo siempre aleteos / de brisas que van pasando», lo cual evoca ya —quizá sea impresión subjetiva— un camino junto al mar o decididamente marinero, por lo menos un camino junto al gran lago de Nicaragua, cuya convecindad con el poeta algo tendrá que ver con la preocupación de éste por las masas de agua y la atracción que en su espíritu ejercían. De ahí el que no pueda sorprender ya que, en 1897, Rubén diga a Leopoldo Díaz:

Nada más bello que ir adelante
corriendo el mundo, valles y montes:
ir en el ágil barco triunfante
con sed de tierras y de horizontes.

Y que en París, en 1904, le dedique a Rufino Blanco-Fombona este impresionante poemilla:

La palabra de Darío
la volverás a encontrar
cuando las orillas del río
sean las ondas del mar.

De su paisaje natal tiene que proceder esta propensión de Rubén Darío a la mar. Pero quizá también su vocación marina y marinera, su condición de poeta transatlántico pudiera deberse a que el océano, «el gran, ronco, océano sonoro» ofrece —como le escribe a Mayorga Rivas—, con las cenefas blancas de la espuma y la onda azul del agua, la bandera de su patria, la «visión suma —del bicolor de Nicaragua». Y luego está, además, el misterio. El misterio de la mar —opto, como el propio Rubén, por el femenino— es lo que permitió a la antigua asociación hanseática crear aquella tremenda frase, expresiva de otra no menos tremenda verdad, que dice: «Vivir no es necesario; navegar, sí.» No en balde la mar es femenina —por eso pueden hacerse en ella hazañas tan masculinas—, porque no puede concebirse mujer sin misterio. Y véase cómo, sin querer, del océano hemos venido a parar a otro de los grandes temas rubendarianos: la mujer, ese otro océano al que aquí no podemos, por desgracia, ni asomarnos.

Inmersa, pues, en el misterio marino, la vida de Rubén Darío fue «esa balumba / de sombras tras la cual vamos». Lo dijo él mismo, a sus quince años, cuando se definió como «melancólico y sombrío»:

Y yo, ensueños, vaguedad,
tristeza amarga, ilusión;
yo que canto a la verdad
y llevo una inmensidad
de pena en el corazón.

Quizá por tener quince años, pensará alguien. La adolescencia es, sin duda, edad poco alegre, a veces triste, en ocasiones misantrópica, como corresponde al descubrimiento de la intimidad personal, del yo frente al mundo, de la soledad esencial del hombre. Creo, sin embargo, que nuestro poeta —que fue precoz en todo, y por eso, en parte, murió joven— se unieron otros factores, cuya conjunción explica su carácter. «Yo tengo el vino triste», escribió una vez, y cuando a los treinta y ocho años vivía ya de recuerdos, aunque entonces cantara a la vida y a la esperanza, hace esta desgarradora confesión:

Yo supe del dolor desde mi infancia;
mi juventud..., ¿fue juventud la mía?,
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...

Hubo, probablemente, abandono, relajación de la voluntad, falta de espíritu luchador, de fortaleza de ánimo para combatir y vencer los obstáculos, inseguridad en la elección del camino existencial, o, por el otro lado, sobra de conocimiento y claridad de juicio para advertir

las dificultades y la poquedad humana para triunfar sobre ellas; desajuste, en cualquier caso, entre el pensamiento y la vida, entre la inteligencia y la voluntad, entre las ideas y su plasmación en la conducta. Por eso admiraba la dicha de quienes, como el labriego de la epístola, conservaban siempre el dominio sobre sí mismos y sobre los acontecimientos:

La muerte vemos, de la muerte hablamos,
y a veces nos reímos de la muerte,
y que somos mortales olvidamos.
Ley tenebrosa nos ligó a la suerte
de ser vendados, y no ver la lumbre
que el verdadero rumbo nos advierte.
... ...
¡Dichoso tú! Conserva tus activos
miembros para el trabajo y la bonanza,
sin ser del vicio inútiles cautivos.
Adiós. Este gozar nunca lo alcanza
quien, como yo, del mundo es débil juego.

Débil juego del mundo; juguete frágil de los hados que ordenan a su antojo el humano existir. No parece temerario el pensar cuántas veces el despertamiento de un sueño, de un sopor alcohólico fue un despertar de arrepentimiento. Cada buena intención nutría un verso, se vaciaba en un poema. Después, así lavada la conciencia, cargados corazón y mente de buenos propósitos, sosegado el ánimo, el vino nocturno sucedía al limonado véspero con seguro encadenamiento. Era el destino y no había más remedio que seguirlo:

Yo debo seguir mi camino...
De mi destino voy en pos,
entre sombra y luz, peregrino
por secreto impulso de Dios.

Contradicción constante, eterna lucha entre idealidad apetecida y realidad lograda. Pero del mal el menos, porque si tal combate iba apagando lentamente al luchador, también daba frutos de luz, como la lanza de Aquiles hería y curaba al mismo tiempo:

Yo, aunque me tachen de loco,
si las realidades toco,
también miro el ideal,
y voy dando poco a poco
agua de mi manantial.

¡Y qué puro y limpio y refrescante y gozoso hontanar el que se llamó Rubén Darío! El tenía que darse a los demás, como lo exige la

función social del poeta, que el maestro de Nicaragua conocía y cumplió como nadie. «Yo no soy —dijo— un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.» Y fue. Supo y pudo dominar la tentación de ensimismamiento, la tendencia a la misantropía que suele amenazar a todo genio:

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Lo venció todo, menos su ineluctable afición al destilado chorro de las uvas. Y el cantor fue por todo el mundo, «sonriente o meditabundo», en paz o en guerra, por la India y la China, por París y por Venecia, «sobre las pampas y los llanos / en los potros americanos», por los ríos, por la mar, por la tierra, por los desiertos, por las estepas:

con estafetas y con malas
va el cantor por la humanidad.
El canto vuela, con sus alas:
Armonía y Eternidad.

Así vivió y creó el poeta, que fue, sobre todo, poeta americano y español, poeta hispánico, según se ha dicho, con verdad, repetidas veces, y con verdad se va a decir aquí una vez más, con la imprescindible apoyatura de la materia y la razón de su canto. No se trata, pues, de un nuevo ensayo de crítica literaria en el estricto sentido lingüístico, filológico y estilístico de la expresión. Al actual intento se le ha fijado otra meta, seguramente más modesta: la que consiste en averiguar ese sentido continental hispánico de la creación rubendariana y el concepto que su propio creador tenía del mundo cultural, al que de forma tan egregia perteneció y pertenece. Tal tentativa, de orden, si se quiere, más político que puramente literario, tendrá que ver el poeta como cantor de su tierra, de su Nicaragua natal, su Centroamérica, su Chile, su Argentina, su América ignota, su España; como cantor de la unidad de todo ese hispánico universo, de los peligros que le acechan y, hacia el lado del alba, de las esperanzas sobre que se apoya y que mantiene.

2. En el principio fue Centroamérica

Se podrá decir: inevitable, pero no hay más oro que el que reluce, y la verdad es que en el principio fue Centroamérica. No que no existiera antes Nicaragua. Nicaragua existía desde que existió Rubén

Darío; y, en un sentido meramente material y positivista, desde que empezó a existir Félix Rubén García Sarmiento y tres siglos antes. Menos aún caería yo en el no poco frecuente extremo del extremoso que osa afirmar que Nicaragua existe por existir Rubén Darío. Digo, eso sí, que sin reniego alguno de su más concreto y local origen, la atención e incluso la emoción del poeta fueron movidas primero por la unidad centroamericana, dentro de la cual el solar nicaragüense era una parte, si preferente en la vibración cordial, semejante a las demás en la inteligente consideración, también afectiva, del común interés político. Lo proclama así el título mismo de uno de los poemas juveniles: «Nicaragua entre sus hermanas», donde declara anhelar la unión de todos; y lo reiteran los varios poemas a Máximo Jerez, el dedicado a Morazán y el titulado «La primera diana». La misma idea alienta en «El organillo», donde un anciano venerable, con ese aparato musical al hombro, va recorriendo las «cinco tierras» centroamericanas y cantando a cada una la canción de la unidad, cantar que será —agrega el poeta por su cuenta— «el verbo de mañana».

Frisaba el poeta en los catorce años cuando esos versos escribía y publicaba en lecturas y letras de imprenta, y sólo había cumplido dos más cuando dedicó al general Justo Rufino Barrios el poema «Unión Centroamericana». Ya hablaba entonces, según dice, «en nombre de una idea; / en nombre de un partido y de un derecho», y pedía que lo soñado se convirtiera en política realidad material. El verso juvenil es aquí todo lo endeble que se quiera, pero encendido y vibrante, dentro de ese son típico de no poca poesía hispanoamericana y española del siglo XIX, si se exceptúa a Bécquer:

Si las naciones
en terrible marasmo,
no sienten palpitar sus corazones
y dormitan sin fe, sin entusiasmo,
faltas de aspiraciones;
si a la voz del deber no dan oídos
ni a los gritos de aliento
de patrióticos pechos, encendidos
con el fuego de un puro sentimiento;
si a la palabra sorda se presentan
y a la luz de la santa poesía,
y a la razón, que es luz también, intentan
convertir en fantástica utopía;
entonces, que haya un alma gigantesca
que a los pueblos despierte de su sueño
y que con mano audaz salve la idea
que hace grande al pequeño.

Una medusa de fuego, llamada Discordia, estaba atizando el horno de la «pasión artera», y había lucha entre hermanos. Pero los pueblos, que siempren comprenden la necesidad de desarrollar los grandes movimientos, esperaban la mano que supiera conducirlos, como la de Morazón, la de Valle, la de Barrundia, la de Cabañas, la de Gerardo Barrios, la de Jerez:

¡Los pueblos tienen fe! ¿Quién no desea
la Unión de estas naciones,
obra que las eleva y endiosea?
Que se acaben los odios y ambiciones,
pues sobre todo está la gran idea.

En esta misma línea unionista están el «Brindis a los presidentes de El Salvador y de Nicaragua», el 15 de agosto de 1884; otro poema titulado también «Unión Centroamericana», leído en el banquete dado por plenipotenciarios de Centroamérica al presidente de El Salvador el 20 de octubre de 1889, y el «Brindis al doctor Francisco Lainfiesta, plenipotenciario de Guatemala», del mismo año, en el que le llama «campeón del bien centroamericano» y brinda:

¡Por el soberbio clarín
que toque la primer diana
de Unión Centro-Americana
del uno al otro confín!

Rubén Darío deseaba la Unión de Centroamérica:

para que cesen las tempestades;
para que venga el tiempo de las verdades;
para que en paz coloquen los vencedores
sus espadas brillantes sobre las flores;
para que todos seamos francos amigos,
y florezcan sus oros los rubios trigos;
entonces, de los altos espíritus en pos,
será como arco-iris la voluntad de Dios.

Porque el gran maestro lírico no hablaba sólo —y he aquí una primera confirmación de lo afirmado hace un momento— de la patria:

De las patrias, diré, que ambos miramos,
del local adornado los extremos:
el de la patria chica que tenemos
y el de la patria grande que aguardamos.

Y de esa «patria grande» centroamericana es, precisamente, la fresca y jugosa visión «Del trópico», que escribió en la hacienda «La

Fortuna», en El Salvador, en agosto de 1889, cuyos sonoros versos decasílabos son puro gozo del oído:

¡Qué alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz;
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita,
junto a una piedra, muele maíz.
... ...
Sonriendo a veces a la muchacha,
que de la piedra pasa al fogón,
un sabanero de buena facha
casi en cuclillas afila el hacha
sobre una orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo del cielo claro y sin fin;
ahí el ganado las hojas muerde,
y hay en los tallos del pasto verde
escarabajos de oro y carmín.
... ...
Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gaznate
con las tostadas, y el requesón.

Dentro de la «patria grande que aguardamos», la «patria chica que tenemos». En Centroamérica, Nicaragua, y en Nicaragua, el corazón, inmenso e infantil, del poeta. Sólo unas cuantas notas recogidas al azar del constante recuerdo rubendariano de su región natal. Si atendiéramos a lo más liviano, incluso a lo más agraz de la producción poética rubeniana, habría que aludir, en primer lugar, al quinceañero poema «Prensa nicaragüense», en el que hace la crítica, con fina y graciosa ironía, de los periódicos contemporáneos: *El Termómetro, El Centroamericano, El Republicano, El Zurriago, El Verdadero Estandarte, El Ateneo, El Porvenir de Nicaragua, El Ferro-Carril, El Cardenista, La Verdad, La Unión Nacional, La Tribuna* y *El Cable.* Más representativa es, sin duda, la dedicatoria a Nicaragua —compartida con la República Argentina— de un libro fundamental: *Cantos de vida y esperanza...* Pero llegando a lo más hondo, la «patria chica» es, sobre todo, la tierra y el recuerdo de la tierra. Tierra del poeta, hecha «de vigor y de gloria», tierra hecha «para la Humanidad»:

Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
y que reuniendo sus energías en haz

portentoso, a la Patria vigoroso demuestra
que puede bravamente presentar en su diestra
el acero de guerra o el olivo de paz.

La patria, ya se ha dicho, puede ser pequeña y es, sin duda, «patria chica», pero siempre se sueña grande. Las ilusiones, los deseos, las esperanzas, le decían a Rubén Darío que «no hay patria pequeña». Por eso, León fue para él, a la hora del «Retorno», como Roma o como París, porque «no hay miel tan deleitosa, tan fina y tan fragante / como la miel divina de la tierra natal». La tierra recordada. En enero de 1888, desde Santiago de Chile, Rubén añora su patria nicaragüense, desea volver a hundirse en ella, porque la siente cerca, pero la ve distante:

Yo me voy a mi tierra, lejos, muy lejos,
donde hay bosques de encinas y robles viejos
y lagos muy azules, y rudos montes,
atalayas que atisban los horizontes,
y de arrebol
coronan su cabeza,
cuando la diana empieza
que anuncia el Sol.

En la floresta indiana con sus rumores,
sus pájaros y fieras, nidos y flores;
con el himno salvaje que el viento toca
en su harpa, que es el pino sobre la roca.
Luego, el azul,
los frescos platanales,
los verdes cafetales
y el abedul.

Andando el tiempo, en diciembre de 1907, el poeta vuelve a su tierra y va de paseo al pueblo de Masaya, «región hechicera» que le atrae poderosamente. No quiere salir de allí, no quiere decir adiós. Desea, en fin, verla de nuevo antes de morir, y mientras tanto pide a Dios que la bendiga y le conceda el don de una primavera perenne. Después, constante en el recuerdo, Rubén seguirá mirando a su tierra cuando el fin esté próximo:

¡Tiempo lejano ya! Mas aún veo azahares
en los naranjos verdes, impregnados de aromas;
a las viejas fragatas que llegan de los mares

lejanos; o el hicaco, o tupidos manglares;
o tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas
con primeros amores y primeros pesares.

3. Chile, segunda patria

De Nicaragua, de Centroamérica, a Chile. Viaje lírico, pero viaje real, y tan objetivamente real, tan geográfico como lírico y, especialmente al principio, doloroso. Empezó por el asombro y acabó igual que había empezado, porque Chile es una perpetua maravilla asombrosa. ¿Y Rubén? «Al ver las costas de Chile / no sé qué sentí en el alma». ¿Y quién no se ha quedado ante Valparaíso «toda ciencia trascendiendo»? Lo que sintió Rubén Darío al contemplar las costas chilenas, la locura geográfica de esa luminosa espada que Sudamérica se ciñe a su costado, lo expresó en múltiples poemas —reunidos después por Alfonso Méndez Plancarte, bajo la común denominación de «otros cantos chilenos»—, escritos entre 1886 y 1889 y que dedica al paisaje, al amor, a la mujer chilena, a figuras y personalidades de la historia de aquel país y a otros temas varios y dispersos, entre los que destaca, a veces, alguno de mayor aliento o de mayor interés, como el dedicado «Al obrero» con motivo de la celebración del aniversario, en febrero de 1889, de la Liga Obrera de Valparaíso; poema, por cierto, auténticamente social, del que podrían y deberían aprender mucho tantos bardos, siempre repetidos, al uso y al abuso de nuestro tiempo.

Chile es, además, la patria de *Abrojos* y de *Azul*... En Valparaíso, precisamente, vio la luz la primera edición de este libro revolucionario. Y Chile es la «segunda patria» del poeta, que así lo nombra en la dedicatoria al presidente José Manuel Balmaseda del «Canto épico a las glorias de Chile». El texto de este poema, premiado en un concurso poético, comienza, en efecto, con las palabras invocativas «¡Oh Patria! ¡Oh Chile!», y el autor se nacionaliza; mejor, se naturaliza al escribir: «Nosotros, los chilenos.» Se trata de celebrar cantando las glorias de Chile y, sobre todo, la victoria chilena sobre los peruanos. Lugar: Iquique. Héroe de la jornada: Arturo Prat, «el marino, el guerrero / humilde, que el destino / tornara digno de la voz de Homero». La muerte de Prat en aquella ocasión heroica representa «la gloria / más grande y pura en la chilena historia». La descripción poética del combate naval —«el combate más vasto que vio América / sobre las anchas olas del Pacífico»— es de un buen estilo épico, que alcanza, en ocasiones, cimas de gran belleza al narrar la lucha entre las naves peruanas *Huáscar* e *Independencia*, y las chilenas *Esmeralda* y *Covadonga*. Al final, caído Prat, la *Esmeralda* se hunde, pero Chile gana la guerra.

Chile, segunda patria. He aquí el secreto sentido de la reciente filiación rubendariana de Pablo Neruda, que acaba de llamar a Darío «mi padre poeta» en el mismo corazón de Managua. Tenía que suce-

der, y ha sucedido: el poeta chileno ha encontrado al poeta de América, el 18 de enero de 1967, justo cuando se cumplía un siglo del nacimiento rubeniano. El contacto viene, sin embargo, de lejos:

Encontré a Rubén en las calles de Valparaíso,
esmirriado aduanero, singular ruiseñor que nacía:
era él una sombra en las grietas del puerto, en el humo marino,
un delgado estudiante de invierno desprendido del fuego de su natalicio.

¿Pero qué va hacer Rubén Darío en Chile, él, poeta transatlántico, conminado por la pared geológica de los Andes a arrojarse al Pacífico y perderse o estrellarse contra las costas de un Oriente que él ya había inventado? Neruda le señalará la disyuntiva:

reclama un camino que corte el granito de las cordilleras
o súmete en las vestiduras del humo y la lluvia de Valparaíso.

Para Rubén no había opción, en realidad. Su vocación, su deber continental, sus otras patrias americanas, su patria española le esperaban. El camino cortó, en efecto, la dura roca andina. Abrióse ante él, suave, verde, rubio mapa de pampa y trigo, el campo y canto de la República Argentina.

4. Argentina, canto

«Yo, que de la Argentina tierra siento el influjo en mi mente», escribió Rubén Darío, en el poema «'In memoriam'. Bartolomé Mitre», de *El canto errante*. Fue, pues, a llevar su palma y su canto a la gran república platense, y resultó que la Argentina misma se le transformó en cantar. «Tierra fragante como un nido / rumorosa como una colmena y agitada / como un mar», es la «región de la aurora», la «tierra abierta al sediento / de libertad y de vida / dinámica y creadora». También estaba escrito: el poeta, ávido precisamente de esos dos elementos, tenía que ir a la gran nación del Plata, y allá fue con la ilusión, el fervor y la esperanza del emigrante lírico. Argentina es —he aquí, justamente, lo esencial— la tierra salvadora de los pueblos del éxodo, de los pueblos emigrantes:

Te abriste como una granada,
como una ubre te hendiste,
como una espiga te erguiste
a toda raza congojada,
a toda humanidad triste,
a los errabundos y parias

que bajo nubes contrarias
van en busca del buen trabajo,
del buen comer, del buen dormir,
del techo para descansar
y ver a los niños reir,
bajo el cual se sueña y bajo
el cual se piensa morir.

Por eso, la República Argentina es para Rubén «la región del Dorado», «el paraíso terrestre», «la ventura esperada», «el Vellocino de Oro», «Cannaán la preñada», «la Atlántida resucitada», «los campos del Toro / y del Becerro simbólicos»:

el existir que en sueños
miraron los melancólicos,
los clamorosos, los dolientes
poetas y visionarios
que en sus olimpos o calvarios
amaron a todas las gentes.

Y es que la Argentina «tiene el corazón de oro» y es, en definitiva, el gran laboratorio universal, la Babel, «en donde todos se comprenden»: los hombres de las estepas y las nieves del zar, los de Sión, los hombres de «España poliforme», los helvéticos, los hijos de la «astral» Francia, los «vástagos de hunos y de godos», los «hombres de Emilia y los del agro romano». El suelo argentino es, en síntesis, el «campo abierto a la energía / de todos los hombres», el solar fraternal que dio hogar a todos los humanos, el «maternal continente», donde

una República ingente
crea el granero del orbe,
y sangre universal absorbe
para dar vida al orbe entero.

El vasto campo de ensayo para realizar tan universal experiencia está simbolizado en la pampa:

En la extendida luz del llano
flotaba un ambiente eficaz.
Al forastero, el pampeano
ofreció la tierra feraz;
el gaucho de broncínea faz
encendió su fogón de hermano,
y fue el mate de mano en mano
como el calumet de la paz.

La pampa es «la estepa sin nieve / el desierto sin sed cruenta». Otros la llamarán el «infierno verde», incapaces de penetrar, con la

mirada siquiera, su vastedad. Pero en la pampa se asiste, si se posee espíritu rubendariano, a «la soberbia fiesta de la pradera». Recuérdense las estrofas de 1898 incorporadas a *El canto errante:*

el campo lleno de hojas y de luces
cuya verde maravilla cruzan potros y avestruces,
o la enorme vaca roja,
o el rebaño gris, que a un tiempo luz y hoja
busca y muerde
en el mágico ondular
que simula el fresco y verde
trebolar.

En la pampa solitaria
todo es himno o es plegaria:
escuchad
cómo cielo y tierra se unen en un cántico infinito;
todo vibra en este grito:
¡Libertad!

Junto al médano que finge
ya un enorme lomo equino, ya la testa de una esfinge,
bajo un aire de cristal,
pasa el gaucho, muge el toro
y entre fina flor de oro
y entre el cardo episcopal,
la calandria lanza el trino
de tristezas o de amor;
la calandria misteriosa, ese triste y campesino
ruiseñor.
... ...
Ven mis ojos cómo riega
perla y rosa de la tarde
el crepúsculo que llega,
mientras la pampa ilumina
rojo y puro, como el oro en el crisol,
el diamante que prefiere la República Argentina:
¡vuestro Sol!

Pero la pampa va sufriendo la lenta, impacable invasión de la ciudad, ante cuyo empuje el campo se encoge y retira. La ciudad quiere destruir a la poesía, que huye como el último gaucho marchado para siempre con el viejo corazón de la tierra. A Darío, sin embargo, también la ciudad le atrae. La ciudad se llama, en este caso, Buenos Aires, la «Metrópoli reina», la «Basilea del Sur», la «fecunda, la copiosa, / la bizarra, grande entre grandes», a la cual saludan y rinden pleitesía Roma, Londres, Berlín, Nueva York, Melbourne, París y todas las hermanas latinas. He aquí el retrato de la grandiosa ciudad:

Tráfagos, fuerzas urbanas,
trajín de hierro y fragores,
veloz, acerado hipogrifo,
rosales eléctricos, flores
miliunanochescas, pompas
babilónicas, timbres, trompas,
paso de ruedas y yuntas,
voz de domésticos pianos,
hondos rumores humanos,
clamor de voces conjuntas,
pregón, llamada, todo vibra,
pulsación de una tensa fibra,
sensación de un foco vital,
como el latir del corazón
o como la respiración
del pecho de la capital.

Y allá irá el maestro Rubén Darío a buscar «la flor de las flores» por Florida, a hablar con los hombres, a veces máscaras de carnaval, y a soñar siempre, pero con los pies en la tierra. Y en la tierra, la historia, imprescindible alusión. El poeta contempla el desfile de los capitanes hispanos —«duros pechos, barbadas testas / y fina espada de Toledo»— como «sombras épicas», pero sin mirar al pasado con enervantes ojos nostálgicos ni con ira; con delectación, sí, pero desde el año 1910, desde su tiempo. Y pasan también los *libertadores,* con José de San Martín, «el Abuelo secular», a la cabeza, y desfilan los próceres y los héroes republicanos:

¡Héroes de la guerra gaucha,
lanceros, infantes, soldados
todos, héroes mil consagrados,
centauros de fábula cierta,
sacrificados del terruño,
granaderos el rayo al puño,
locos de gloria, despierta
al sol la mente!

Entre todos los héroes, el poeta destaca a Bartolomé Mitre, «gran capitán de un mundo / nuevo y radiante», «varón continental» y «amado Patriarca» de todo el continente, cuya gloria —al menos en el verso rubendariano— crecía y se iluminaba en la Argentina «con una enorme luz de sol», pero cuya idea había derramado su simiente por todo el cosmos hispanoparlante. Por eso, unos años antes, exactamente en 1895, Darío le había llamado a Mitre «Vencedor paladín de la idea». No parece, desde nuestra altura de hoy, que en este punto concreto fuera vate, adivino, el maestro nicaragüense, que se dejó llevar quizá, y muy razonablemente, por el entusiasmo de su época.

Pero en tan radiante panorama, Rubén Darío se complace especialmente en cantar —porque no en balde la mejor musa es la de carne y hueso— a la mujer argentina, «con savias diversas creada, / espléndida flor animada», que «esplende, perfuma y culmina». Con su angélica gracia de poeta y amador sutil, amador también de toda gentileza, el maestro hispánico corta su mejor, su más fina y delicada y golosa pluma para recrearse —gozo de cada detalle, secreto espíritu dentro de su «carnalismo americano», que dijo Pedro Salinas— en la pura delicia de la mujer porteña:

Talle de vals es de Viena,
ojo morisco es de España,
crespa y espesa pestaña
es de latina sirena;
de Britania será esa piel
cual la de la pulpa del lis
y que se sonrosa en el
rostro angélico de la miss;
esa ondulante elegancia
es de la estelar París;
y esa luminosa fragancia,
de las entrañas del país.
Concentración de hechizos varios,
mezcla de esencias y vigores,
nórdico oro, mármoles parios,
algo de la perla y del lirio,
música plástica, visión
del más encantador martirio,
voluptuosidad, ilusión,
placidez que todo mitiga
o pasión que todo lo arrolla,
leona amante o dulce enemiga,
tal la triunfante Venus criolla.

En los días de 1910, en que Darío escribe su «Canto a la Argentina», su espíritu se encuentra dominado, como se verá más adelante, por el temor a la guerra. Le preocupa, pues, evitar a toda costa que su onda destructora alcance al nuevo continente. Por eso, al hablar a su patria argentina desde la alta región de la Historia y ver el desolador panorama de las civilizaciones destruídas en el pasado, lanza su grito admonitorio a los hombres del Plata para que construyan su futuro, pues que su día ha llegado, bajo el símbolo del Sol, por el que las naciones —como «sabía el abuelo español»— son grandes:

¡Dad a todas las almas abrigo,
sed nación de naciones hermana;
convidad a la fiesta del trigo,

al domingo del lino y la lana,
thanks-giving, you kipour, *romería,*
la confraternidad de destinos,
la confraternidad de oraciones,
la confraternidad de canciones
bajo los colores argentinos!

5. La América ignota

¿Y Rubén Darío —se preguntará alguien a esta altura del camino—, criollo hasta el alma, de piel y corazón mestizos, no sintió nunca la emoción histórica del mundo indígena de América, del mundo amerindio? Con ese pluriverso de ayer le unía, por de pronto, no sólo la sangre, sino también la comunidad del esfuerzo por dominar a la inundadora naturaleza. ¿Renunciaría él, alma hipersensible, al goce de la belleza ancestral? La respuesta es clara y la dio el poeta rotundamente en las «Palabras liminares» de sus *Prosas profanas y otros poemas.* «Si hay poesía en nuestra América —escribió entonces—, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlán, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro.»

Tan concluyente manifestación no tuvo en la obra poética rubendariana expresión concreta tan vasta y universal como la que imprimió a aquellas palabras suyas. Hay, sí, unos cuantos poemas, como los titulados «Chinampa» y «El sueño del Inca», en que Darío se acerca sentimentalmente al mundo prehispánico. La presencia de éste quedó, sin embargo, registrada en un momento cumbre de su revolución creadora, en la segunda edición de *Azul...,* aparecida en Guatemala el año 1890. Allí, entre los que llama «Sonetos áureos», hay uno dedicado al caudillo araucano Caupolicán, representante ilustre de la «vieja raza», de quien el poeta dice que es un «campeón salvaje y aguerrido», que bien podría «desjarretar un toro, o estrangular un león» en la región de Arauco. De aquel mismo año, aunque no recogido en libro hasta *El canto errante,* es el poema «Tutecotzimí», el más importante de los que dedicó al tema. Y no deja de ser curioso e interesante anotar, no sólo que después de 1890 no volviera a cantar lo indígena con parecido aliento, sino que el encuentro con ese pasado ancestral se produce cuando va sintiendo con mayor hondura y cuando más se le actualiza su sensibilidad española. No hay en ello la menor contradicción. Por el contrario, resulta algo lógico y fácilmente explicable, porque en Hispanoamérica lo español salvó lo amerindio para crear lo hispánico, y cuanto más se afirma en Rubén esta filiación integral y totalizadora, más se acusan en él las dos ramas confluyentes que la originan.

Así, la inclusión del poema «Tutecotzimí» en *El canto errante* cobra su plena significación. El poeta, piqueta lírica en mano, «trabaja en el terreno de la América ignota» y su musa adivina el «misterio jeroglífico»:

De la temporal vida surge la vida extraña
de pueblos abolidos; la leyenda confusa
se ilumina; revela secretos la montaña
en que se alza la ruina.

Mientras Netzahualcoyotl, el rey poeta, suspira, llega el cortejo de Cuaucmichín, «el cacique sacerdotal y noble», que vuelve de la caza, seguido por doble y apretada fila de flecheros y con «aire bravo y triunfal», coronada su cabeza de áurea diadema, en la que tiembla arriba una pluma de quetzal. Si nos atenemos a los detalles, veremos que la poética descripción es perfectamente realista: cacique, diadema, pluma, flecheros y sus vestimentas y adornos. Pero ya se percibe, no obstante, el aire idealista e idealizador, todavía como de estampa romántica, aire todavía muy siglo XIX, con que el poeta trata a los hombres, los acontecimientos que narra y el paisaje mismo. Por eso, a esa vida la llama «extraña»; pero su progresiva identificación con ella, pues ella surge de la vida temporal, permite que la leyenda, primero confusa, vaya iluminándose, como rescatando su ser de las sombras. He aquí, por ejemplo, el paisaje:

Es la mañana mágica del encendido trópico.
Como una gran serpiente camina el río hidrópico
en cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino sopló sutil arruga,
el combo caparacho que arrastra la tortuga,
o la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,
rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas
del vaho de la tierra pasan cribando el tul;
e intacta, con su veste de terciopelo rico,
abanicando el lodo con su doble abanico,
está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;
al viento el pavo negro su grito agudo fía,
y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;
un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;
prolonga la cigarra su chincharchar eterno,
y el grito de su pito repite el pito-real.

Paisaje muy «modernista», en el que lo mismo podría verse a un cacique antiguo como Cuaucmichín, que a una princesa melancólica en ritmo de sonatina, pese a que los bosques primitivos lancen su vasto aliento. Y lo mismo sucederá con los acontecimientos narrados. El cacique deja «los bosques de esmeralda», marcha a su palacio con sus guardias y siervos, y ya llega a ver el huipil de su «tierna hija» Otzotskij cuando, de pronto, «se oye un sordo rumor de voz profunda». ¿Qué pasa? Es el ruido del pueblo Pipil, con su jefe y sus guerreros. Y Tejik habla a Cuaucmichín: le acusa de usurpador y arenga a su gente, que le apedrea y despedaza. Acallado el estrépito, el pueblo ve pasar a un hombre «cantando en voz alta un canto mexicano». Le preguntan: «¿Tú cantas paz y trabajo?», y al responder él afirmativamente, «toma el palacio» —le dicen— y «dirije a los pipiles». Y así —concluye el poeta— empezó el reinado de Tutecotzimí.

La aventura por la «América ignota» ha terminado.

6. Aguila y cóndor

Pero la tensiones del mundo hispanoamericano no se agotan con las que plantea en su interior la mezcla de las sangres y el choque de culturas, no asumidos del todo, en algunos casos, dentro del espíritu mestizo. Tales conflictos —no se olvide— proceden de la «vida temporal» y el tiempo mismo ha ido encargándose de dulcificarlos y ha logrado, a la altura de nuestro tiempo, reducirlos casi a la mínima expresión. Hay, en cambio, un proceso contrario, hasta cierto punto, a éste y que enfrenta, en inacabable y, desde luego, inacabado equilibrio inestable, a los continentes culturales en que se polariza la total extensión geográfica de América. Aludo, como nadie ignora, a la enfrentada presencia del mundo angloamericano y del mundo hispanoamericano. Aguila y cóndor frente a frente en los altos picachos de la individual y de la colectiva existencia humana en el nuevo mundo. ¿Cómo ve Rubén Darío este largo e intenso drama que protagoniza en América esas dos grandes aves de presa, esos dos gerifaltes en permanente acecho?

Tenemos, por de pronto, el famoso poema «A Roosevelt». Conviene recordarlo:

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir del león.

Ya Hugo a Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras,
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyolt,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

El azul celeste de Hispanoamérica estaba, en efecto, manchado por «un gran vuelo de cuervos». Ante tal amenaza, empero, se sentía ya «el gozo que enciende las entrañas del mundo» e iba a surgir el «Pegaso blanco» de los pueblos hispánicos, que debían sentir ya el vuelo del carro solar, del carro de Helios, en cuyo brillo los corazones humanos hallarían la esperanza, la unión del «alma-Quijote» con el «cuerpo-Sancho Panza» para volar a «la verdad del sueño»: la «realización invisible y suprema», es decir, la comunidad de los pueblos hispánicos. El advenimiento de ésta, la llegada del cóndor, es lo que canta la «Marcha triunfal»:

los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;

dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la Victoria!

No podía ser de otra manera. Quien era, como Rubén, «hijo de América» y «nieto de España», sabía bien que

los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos
y en diferentes lenguas es la misma canción.

Ideas oscuras entristecían las mentes con «brumas septentrionales», mientras rosas, palmas e ilusiones hispánicas iban agostándose.

Nos predican la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen a los puños,
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

«Faltos de alientos», los poetas sólo podían buscar los lagos de los cisnes, las rosas en vez de los laureles, los halagos por falta de victorias:

La América española como la España entera
fija está en el oriente de su faltal destino;
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Preguntas, gritos lanzados a los cisnes, únicos fieles en el momento de la desilusión: «fuga de americanos potros» y «estertor postrero de un caduco león». Pero el cisne negro y el cisne blanco no faltaron a su fidelidad: «La noche anuncia el día», «la aurora es inmortal», y en las tierras de la armonía y el sol, la caja de Pandora guardaba aún la Esperanza.

Sin embargo, en 1906, y en Río de Janeiro, Rubén Darío escribe la «Salutación al águila», incorporada después a su libro *El canto errante*, impreso en Madrid al año siguiente. Y en ese poema, la consideración de Estados Unidos parece totalmente contraria a la que habían reflejado los versos dedicados a Teodoro Roosevelt.

Bien vengas, mágica Aguila de alas enormes y fuertes,
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,
a traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,
una palma de gloria, del color de la inmensa esperanza,
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

El comienzo no puede ser, como se ve, más sorprendente. Pero aún hay más y más graves motivos de asombro. El poeta, en efecto, explica que la guerra movida por el águila ha sido necesaria

para que en ella brote la concreción de oro de la espiga
y tenga el hombre el pan con que mueve su sangre.

Hay profetas ilusos que sueñan una paz no humana, pues la actividad del hombre hace necesaria la lucha. Y —atónito lo leo— «es incidencia la historia».

Nuestro destino supremo
está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas,
y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios
con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.

Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima,
sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante
cuando, siendo Mesías, impulsó en su intuición sus bajales,
que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.

Epluribus unum! *¡Gloria, victoria, trabajo!*
Tráenos los secretos de las labores del Norte,
y que los hijos nuestros dejen de ser los rétores latinos,
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.

¡Dinos, Aguila ilustre, la manera de hacer multitudes
que hagan Grecias y Romas con el jugo del mundo presente,
y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio,
y que teniendo el Aguila y el Bisonte y el Hierro y el Oro,
tengan un áureo día para darle las gracias a Dios!

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen, y saben que cual tú, mira al sol.
May this grand Union have no end!, *dice el poeta.*
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y esfuerzo.

Aguila, que conoces desde Jove hasta Zarathustra
y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,
que sea tu venida fecunda para estas naciones
que el pabellón admiran constelado de bandas y estrellas.

¡Aguila, que estuviste en las horas sublimes de Patmos,
Aguila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,
como una Cruz viviente, vuela sobre estas naciones,
y comunica al globo la victoria feliz del futuro!

¿Qué más, en fin?

¡Que la Latina América reciba tu mágica influencia
y que renazca nuevo Olimpo, lleno de dioses y de héroes!

Por si todo lo transcrito hasta ahora fuese poco, cuatro años después, cuando Rubén Darío escribe, en 1910, su «Canto a la Argentina», repetirá sorprendentemente ideas iguales o semejantes:

¡Gloria a América prepotente!
Su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo.
¿Y por quién, sino por tu gloria,
oh Libertad, tanto prodigio?
Aguila, Sol y Gorro Frigio
llenan la americana historia.
Y en lo infinito ha resonado
júbilo de la Humanidad,
repetido el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Antes que Ceres, fue Mavorte
el triunfador continental.
Sangre bebió el suelo del Norte
como el suelo Meridional.
Tal a los siglos fue preciso
para ir hacia lo venidero,
para hacer, si no el paraíso,
la casa feliz del obrero
en la plenitud ciudadana,
vínculo íntimo eslabona
e ímpetu exterior hermana
a la raza anglo-sajona
con la latino-americana.

En un caso y otro, Rubén Darío parece estar vislumbrando la «raza cósmica» que años después definiría el maestro José Vasconcelos. Así lo autorizan estos versos del mismo «Canto a la Argentina»:

Proles múltiples, muchedumbres,
tupidas colmenas de hombres,
transformadoras de costumbres,

con nuevos valores y nombres,
en vosotras está la suma
de fuerza en que América finca.

Pero se produce, pese a todo, una clara contradicción entre el pensamiento expresado en el poema a Roosevelt y el que desarrollan la «Salutación al águila» y los versos copiados del «Canto a la Argentina». ¿Cómo deshacer tal oposición? Para tratar de resolverla, recuérdese, en primer término, que Rubén Darío había sentado clara y enérgicamente esta indiscutible afirmación: «Si hay un alma sincera, ésa es la mía». Si esto es verdad, y sí lo es, ¿cómo compaginar el poema «A Roosevelt» con la «Salutación al águila» y con esas estrofas del «Canto a la Argentina»? Antes de intentar una respuesta, otro recuerdo previo parece necesario. En la «Introducción» a su libro *Epístolas y poemas (Primeras notas)*, publicado en Managua en 1885, el poeta había escrito:

¡siento
que hay algo en mi corazón!

Por eso, agregó en el poema dedicado a Ricardo Contreras,

en el poético arte,
¿cómo extrañar, señor, que me desboque?

No una, sino mil veces habíase desbocado Rubén Darío. Pero, además de desbocarse, el poeta explica estos sus desbordamientos y aclara, precisamente a la señora de Lugones, su exabrupto panamericanista:

Yo pan-americanicé
con un vago temor y con muy poca fe,
en la tierra de los diamantes y la dicha
tropical.

Era el momento de la Conferencia panamericana de Río de Janeiro; el maestro Rubén era ya diplomático, y la «Salutación al águila» es —como ha escrito Antonio Oliver— «un poema de diplomático», pues su autor estaba en Río en calidad de tal, como miembro de la Delegación de su país. Influyó, pues, sobre él el ambiente continental que se respiraba en la capital brasileña durante aquellos días. Por otra parte, en su poético espíritu bohemio y errante debieron de causar profunda impresión el sentido pragmático y los ordenados y racionales métodos de trabajo de sus colegas estadounidenses. Así, su visión neoyorquina de 1893, cuando llamó a Nueva York «la sanguínea, la cicló-

pea, la monstruosa, la irresistible capital del cheque», tuvo que experimentar una obligada modificación, como se exteriorizó, en efecto, en el otoño de 1907 y en la primavera de 1908.

El poeta, además, adivina, intuye entonces el no lejano estallido de la guerra. En el mismo corazón europeo, vive, ve y siente cómo los ramalazos de la discordia van agrietando el núbil y gozoso cuerpo de la *belle époque*. Ante el horrendo fantasma, Darío deja conscientemente al margen, en la cuneta de su camino, ideas y sentimientos que siguen siendo fundamentales y básicos para él, en un intento desesperado de concordia universal y, sobre todo, en un laudable afán de alejar definitivamente de su tierra continental los horrores que él presiente. Por eso, en el «Canto a la Argentina» entona ese himno, imprecación y llamada, a la paz.

Pero dos años después, en 1910, cuando el presidente Zelaya es derrocado, y Rubén Darío advierte que Estados Unidos no ha sido ajeno a la caída, su provisional confianza en la conducta estadounidense se tambaleará de nuevo hasta perderse definitivamente. Volverá entonces, ya en 1915, cuando su visita postrera a la aplastante cosmópolis neoyorquina, a su visión anterior:

Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
¡y dolor, dolor, dolor!

¡Estos son los hombres fuentes
que vierten áureas corrientes
y multiplican simientes
por su ciclópeo fragor,
y tras la Quinta Avenida
la Miseria está vestida...
con dolor, dolor, dolor...!

¡Sé que hay placer y que hay gloria
allí, en el Waldorf Astoria,
en donde dan su victoria
la riqueza y el amor;
pero en la orilla del río,
sé quienes mueren de frío,
y lo que es triste, Dios mío,
de dolor, dolor, dolor...!

Pues aunque dan millonarios
sus talentos y denarios,
son muchos más los Calvarios
donde hay que llevar la flor

de la Caridad divina
que hacia el pobre a Dios inclina
y da amor, amor, amor.

Ahora, sin embargo, en ese año 1915, Rubén ha ido a Nueva York, empujado por Alejandro Bermúdez —que después le abandonará vilmente en el peor momento— y por el colombinado Miguel A. Otero, secretario del ex presidente de Colombia, general Reyes, y tan proyanqui como éste, en misión de paz, tema obsesivo, como se ha visto, en el pensar y el sentir de Darío. A éste, por otra parte, no dejaría de halagarle el saber que, «mientras muchos centro y suramericanos a quienes yo conocí en París y a quienes usted —como le escribe Otero— ha formado y dado todo lo que ellos valen, le tiran por las espaldas y le tienden la mano de frente, aquí, en un país donde más se ocupan del "Todopoderoso dólar", le colocan a usted en el indiscutible pedestal de gloria que sus méritos y talentos le han levantado». La vanidad no fue, empero, defecto grave de Rubén Darío, y menos en aquella época en que ya estaba de vuelta de todo, y menos aún al ver, líneas más abajo, el interés bastardo de Otero, que deseaba instalarse en París y pedía al maestro «una colocación por ínfima que ella fuera en su principio». Pesó, pues, en el ánimo rubeniano la posibilidad de contribuir de algún modo a la causa de la paz, y emprendió el viaje, sin duda con ánimo de regresar a España al lado de Francisca y de su hijo. En cualquier caso, pudo entonces conocer mejor la colosal urbe yanqui y a muchos hombres buenos que la habitaban. Por eso, pese a ver que el «amontonamiento» humano había matado allí al sentimiento y al amor, Rubén puede afirmar:

mas en todo existe Dios,
y yo he visto mil cariños
acercarse hacia los niños
del trineo y los armiños
del anciano Santa Claus.

Porque el yanqui ama sus hierros,
sus caballos y sus perros,
y su yacht, y su foot-ball,
pero adora la alegría
con la fuerza, la armonía:
un muchacho que se ría
y una niña como un sol.

Pero la preocupación fundamental de Rubén Darío, la que le decidió a viajar a Estados Unidos en 1915, era la guerra. Muy cargado el ambiente neoyorquino y ante la inminencia de la entrada de aquella

nación en el conflicto europeo, el poeta cumple su compromiso pacificador con absoluta sinceridad y con una entrega al trabajo que su ya pésima salud no le permitía. Escribe entonces y lee en la Universidad de Columbia, el 4 de febrero de 1915, su poema «Pax», al que pertenecen estos versos angustiados:

¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros! ¡Juntaos
en la esperanza y en el trabajo y la paz.
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos,
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.

Ya lucharon bastante los antiguos abuelos
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín
clama a través del tiempo, debajo de los cielos:
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.

Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha;
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas;
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.
No; no dejéis al odio que dispare su flecha,
llevad a los altares de la paz, miel y rosas.
Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.

Y pues aquí está el foco de una cultura nueva
que sus principios lleva desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva;
The Star Spangled Banner, *con el blanco y azul...*

Y todavía impresionado por lo que acababa de ver en Nueva York, cuando Rubén Darío esté ya en Guatemala, acogido a la hospitalidad de Estrada Cabrera, que acepta para tratar de arreglar su salud, escribirá: «Lamentablemente se equivocan quienes piensan que los yanquis no son hombres de altos pensamientos. Saben de todo. Amasan millones de dólares, escriben libros, construyen ferrocarriles, hacen poemas y lanzan nuevas doctrinas científicas que el mundo respeta y acepta».

Erraría gravemente, sin embargo, quien creyera, a la vista de los textos copiados, que el cóndor había sucumbido ante el águila. Rubén Darío, por el contrario, seguía pensando y sintiendo lo mismo que en 1905 acerca de la conducta estadounidense con Hispanoamérica, pero una visión más serena, menos apasionada y también menos optimista le permitía ahora compaginar con su admiración a determinados hombres y a ciertas realizaciones concretas de los yanquis su permanente y sustancial sentir de poeta radicalmente americano e hispánico.

Que Rubén Darío es un poeta esencialmente hispanoamericano, es decir, radical y propiamente americano, creo que no ha habido nunca nadie que haya osado ponerlo en duda. Excepcional testigo, Juan Ramón Jiménez lo proclama con las más bellas palabras de su voz poética, y a su simpar testimonio me acojo:

Se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado a América en el pecho
su propio corazón.

Al mismo tiempo y antes y después, todos los poetas, todos los críticos, todos los escritores que se han ocupado con la figura y la obra del maestro nicaragüense han afirmado lo mismo. Unos —como José Santos Chocano y Carlos Sabat Ercasty, por ejemplo— se fijarán más en el remoto origen amerindio de su palabra. Otros, como se verá después, subrayarán el lado hispano y, sobre todo, el sustancial carácter hispánico del hombre y su creación literaria. El propio poeta diría, confirmando a todos, que él es «un triste trovador del Nuevo Mundo». Por serlo, bien pudo escribir a Daniel Deshon, en mayo de 1886, cuando iba a embarcarse para Chile:

Ya tú sabes que me voy.
Oye, y esto no es fingido:
sabe que seré y he sido
como soy.
Y si alguien niega eso, dile
que amistad, amistad fragua,
y el mismo de Nicaragua
seré en Chile.

Y en Argentina y en Brasil, y en México y en La Habana, y en Santo Domingo y en España, cabría añadir. En todas partes, Rubén Darío es un americano y un americano ejemplar. Como tal, todo lo de América, lo de Hispanoamérica, le interesa, le atrae, le conmueve, lo canta. No hace falta sino asomarse un poco a la obra rubendariana para comprobarlo. Por mi parte, renuncio de antemano a toda función estadística, aunque en este caso sea una estadística de belleza. Diré tan sólo que no hay un solo libro rubeniano que no contenga, por lo menos, varios poemas dedicados a temas o problemas o personas de

Hispanoamérica, desde México a la Tierra de Fuego. Recordaré solamente, como mero y también insoslayable botón de muestra, el soneto dedicado a Colombia en 1890:

Colombia es una tierra de leones;
el esplendor del cielo es su oriflama;
tiene un trueno perenne: el Tequendama,
y un Olimpo divino: sus canciones.

Siempre serán soberbios sus pendones,
bajo la aureola que a la gloria inflama;
siempre será la tierra que derrama
la savia de los grandes corazones.

En sus historias nobles y triunfales
resplandecen egregios paladines,
coronados de lauros fraternales.

Y se oyen en sus campos y confines,
Boyacá y sus tambores inmortales,
y el Santuario y sus épicos clarines.

Poemas con la gracia habanera, colorista, negra y mulata de los «Versos negros» y el fragmento de «La negra Dominga»; con el recuerdo y el aire clásico del que dedica «A Bolivia», país donde el poeta encuentra «una arcaica fragancia»; o los sonetos a Amado Nervo, a don Justo Sierra, a Carrasquilla-Mallarino; o las décimas del «Apóstrofe a México»; o los poemas «A la República Dominicana», que debería estar «como una Virgen en su altar—en toda patria americana» por ser «la sublime hermana» que dio a todos su despertar; y a Montevideo, y esta breve, pero deliciosa «Galantería» a las mujeres uruguayas:

¿Las mujeres argentinas?
Son divinas.
Pero las del Uruguay,
...¡ay!

Como poeta americano, Rubén Darío muestra, además, gran preocupación porque en España se conozca y se siga el movimiento cultural de Hispanoamérica, cuyas obras de creación debían, según él, enviarse a nuestra península para mostrar que también en el suelo americano «Apolo esparce su fulgor divino». Así le dice, al menos, el maestro nicaragüense a Francisco Antonio Gavidia, a quien dedica un poema en octubre de 1884, cuyo texto nos ilustra, a la vez, acerca del con-

cepto de americano que Rubén tenía y que no era otro que el de mestizo, ya que, tras llamar a Gavidia «vate americano», explica esta expresión mediante estos versos:

une a la donosura del idioma
puro español, la majestad y aliento
de la virgen América, esta tierra
llena de fuego y de hermosura llena.

Pero podría interpretarse que Rubén Darío no se encontraba a gusto, por ser americano, en la vida ni en el tiempo que le tocó vivir y que por eso hablaba en sus versos de cosas de países lejanos o imposibles. Así lo dice él mismo en las «Palabras liminares» de *Prosas profanas y otros poemas:* «¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaría a ti, ¡oh, Halagabal!, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños». Sin embargo, el maestro hispánico cantó a América, cuya poesía hallaba él, según vimos, en «las cosas viejas»: Palenque, Utatlán, Moctezuma, el indio. Lo demás pertenecía al yanqui: «Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman», escribe Rubén. ¿No había nada más que cantar? Quedaba, aparte de eso, «Buenos Aires: Cosmópolis», «¡Y mañana!», es decir, el futuro.

Pero quedaba también lo español. «El abuelo español de barba blanca» le señalaba a Darío los retratos de Cervantes, Lope de Vega, Garcilaso, Quintana. Pero él, en este punto concreto un hispanoamericano más de su época, miraba a Europa, donde veía otras efigies: Shakespeare, Dante, Víctor Hugo. Mirando a su interior, el poeta encontraba a Verlaine. ¿Sería entonces Rubén Darío un americano alienizado; concretamente, afrancesado? El mismo se define simbólicamente, en cierto modo, al referirnos las palabras que le dijo al abuelo en el momento de despedirse: «—Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra: mi querida, de París». Lo permanente, pues, en el maestro nicaragüense es su tierra, América, es decir, Hispanoamérica, entidad mezclada, mestiza, como se señaló antes, de lo español y lo amerindio. ¿Cómo no tener, entonces, manos de marqués y sangre chorotega? Lo demás, lo francés, era eso: el simple capricho pasajero que se abandona, como Rubén hizo, cuanto más se profundiza en el propio ser y en su raíz telúrica. Por eso, no extrañará el saber que fue, precisamente, junto al Mediterráneo donde el poeta dice la verdad y halla, como veremos, en roca, aceite y vino, su origen, su antigüedad.

América, pues, presente siempre en el corazón y en los versos de su poeta. Y América, unida, contemplada en la unidad esencial que sus diversos países integran y constituyen. Sólo bajo este prisma y en este sentido pueden considerarse y entenderse los cantos y elogios que Rubén dedica a Bolívar ya en 1883, lo que dice en el poema «A Víctor Hugo» y el contenido del que dedica «A Juan Montalvo», en el que habla concretamente de «la patria común americana —que con vínculos fuertes une el Ande». América, en definitiva, preocupación de Rubén Darío:

El cívico esplendor no te fascine,
ni el halago que en premio de vilezas,
potentado insolente, haya de darte;
si es preciso que sufras y mendigues
un pan para comer, vete a las plazas,
y prefiere la vianda de limosna
al oro con que infames mercaderes
tu honor quieran comprar. Torvo y huraño
antes que adulador. La cortesana
genuflexión que tu espinazo encorve
hará que el polvo vil tu noble frente
manche humillada; llévala bien limpia,
iluminada por el brillo augusto
de la aurora inmortal de la pureza.
Siempre altanero sé; nunca orgulloso,
con ese orgullo de soberbia loca;
ten esa majestad y altanería
que bien cuadra al varón justo y severo.

¿Por qué no aplicar a América, en el pensamiento rubendariano, estos versos del poema «Erasmo a Publio?» Si no fueron escritos pensando en América, a América pueden serle aplicados porque le van como anillo al dedo y hoy más que nunca. Demuestran la preocupación por el futuro, y ya es sabido que esto, precisamente, el porvenir, era América. Recordemos, si no, el poema «El porvenir» y las palabras que éste dice dialogando con el pasado y el presente:

Y América..., ¡oh Dios mío!,
si el viejo mundo, ya maduro y cano,
gozará del fulgor de mi cariño,
donde alzaré mi trono soberano
será en el mundo niño.
¡Salve, América hermosa! El sol te besa;
del arte la potencia te sublima;
el porvenir te cumple su promesa,
te circunda la luz y Dios te mima.

En ti he sembrado la semilla santa
de los principios grandes,
y mi bandera altiva se levanta
sobre la cima augusta de los Andes.
... ...
Y luego la República, que inflama
con su magia divina,
levantará su voz y su oriflama
del Chimborazo, que, altanero, brama
a la Pampa argentina
y al gigantesco y rudo Tequendama,
al sonar la trompeta de la Fama
en loor de la América latina.

Y el Señor, al ver todo esto, exclama: «¡América es el porvenir del mundo!».

Visión juvenil, sin duda, ésta del sonrosado porvenir americano. Sólo siete años después, cuando se cumplían cuatrocientos desde el Descubrimiento, Rubén Darío decía a Colón:

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa, de sangre cálida;
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra:
donde la tribu unida blandió sus mazas,
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra
se hieren y destrozan las mismas razas.

Los ídolos de piedra se habían reemplazado por otros de carne; florecían sangre y ceniza en los campos fraternos; por doquier, ambiciones desbordadas y libertades deshechas, perfidias, deslealtades, «encanalladas revoluciones», «duelos, espantos, guerras, fiebre constante», donde antes florecía la lealtad y la franqueza de los indios, la unión de la fuerza heroica castellana con la fuerza indígena. ¿Procedían los males de la llegada de los españoles? En cualquier caso, para el resultado obtenido,

¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas
no reflejaran nunca las blancas velas,
ni vieran las estrellas estupefactas
arribar a la orilla tus carabelas!

Estas ideas perduran en Rubén, pues el poema está incorporado a *El canto errante,* publicado en 1907. Pero es, precisamente, en esa fecha crucial, en 1892, cuando el poeta viene por primera vez a España. Dos

años antes, al acabar la segunda edición de *Azul...* (Guatemala, 1890), el último verso del último poema —todo escrito en francés— dice: «Maintenant, je vois l'aube! L'aube cest l'éspérance...». El alba tenía ya, en este caso, un nombre: España.

La españolidad de Rubén Darío; mejor dicho, su hispanidad básica, radical, está también fuera de dudas. De nuevo renuncio voluntariamente al recuento exhaustivo de testimonios, aunque no pueda prescindir de algunos, entre ellos el del simpar don Antonio Machado. Interesa más, indudablemente, la propia obra rubeniana, y si cada cual es hijo de sus obras, la hispanofiliación rubendariana está bien clara desde los mismos comienzos de su canto. Recordaré, sin embargo —porque el argumento de autoridad no está, pese a todo, absolutamente desprestigiado—, los versos del venezolano Rufino Blanco-Fombona:

Mirad cómo un hombre de raza apolínea,
ebrio de canto y sol,
recoge la ofrenda fragante y virgínea
del viejo solar español;
del viejo solar donde el árbol de vida
reverdece a futuros de amor.

El maestro Antonio Machado, por su parte, escribió:

Que en esta lengua madre tu clara historia quede.
Corazones de todas las Españas, llorad.

El poeta colombiando Eduardo Carrasquilla-Mallarino afirma, a su vez, que los signos cardinales de Rubén Darío consistieron en «la orientación ilustre de una raza». Tomás Morales, en su poema «A Rubén Darío en su última peregrinación», abunda en la idea de la hispanidad rubendariana y llama al poeta «arca del sacro pensamiento latino» y dice que su índice iluminado señaló un camino a los hombres hispánicos. Es el mismo concepto que Rafael López expresa en su poema «A Salvador Díaz Mirón», donde llama a Rubén «el último Rey de las Dos Españas». Y porque no falte un testimonio poético francés, pues en lengua francesa escribió también alguna vez Darío, cerraré esta breve nómina testifical con los versos de Charles de Soussens en su poema «Sous l'Arce de Triomphe»:

De ton cœur a surgi le «Renaître» español;
mais, chargé de lauriers, ton front est d'Amérique.

Pero es la propia obra poética rubendariana el mejor testimonio de la hispanofiliación del maestro. Por de pronto, desde 1881 escribe Ru-

bén Darío poemas dedicados a temas españoles. De esa fecha son, en efecto, «Bajo el retrato de Espronceda», el «Centenario de Calderón» y «En la última página de "El romancero del Cid"». De octubre de 1882 es el poema «La poesía castellana», dedicado a Joaquín Méndez, donde su autor hace una especie de breve historia de la poesía en castellano desde Alfonso X el Sabio hasta Campoamor, con inclusión de los poetas del nuevo mundo, entre quienes cita a la Avellaneda, Mármol, Arboleda, Bello, Olmedo, Heredia, Caro, Palma y Marroquín. En el poema titulado «Manuel Reina», de 1884, cita, a su vez, con brevísimas valoraciones, a Núñez de Arce, Zorrilla, Campoamor, Echegaray, Manuel del Palacio y, naturalmente, al destinatario del poema. Tras recoger el dedicado «A Emilio Ferrari», incluido en el libro *Epístolas y poemas (primeras notas)*, viene el «Pórtico», con que prologa el libro *En tropel*, de Salvador Rueda, poema recogido después en *Prosas profanas...*, en cuyas páginas abundan los temas españoles: «Elogio de la seguidilla», «Cosas del Cid», «Al Maestre Gonzalo de Berceo». Después, a partir de *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*, aparecido en Madrid en 1905, Rubén publica todos sus libros en la capital de España: *El canto errante*, en 1907; *Poema del otoño y otros poemas*, en 1910, y *Canto a la Argentina y otros poemas*, en 1914. De *Cantos de vida y esperanza...* son los tres sonetos de «Trébol»: uno de Góngora a Velázquez, otro de éste a Góngora y otro final, que podrían considerarse el antecedente del homenaje dedicado al poeta cordobés por los de la generación de 1927. Asimismo, a ese libro pertenecen los poemas «Un soneto a Cervantes», «A Goya», «Soneto autumnal al marqués de Bradomín», «Letanías de nuestro señor Don Quijote», y los dedicados a los Machado, a Vargas Vila, a Mariano de Cavia...

Son muchísimos, en fin, los temas españoles en Rubén Darío, y no es posible ni tampoco interesante hacer aquí su relación completa. Es curioso recordar, sin embargo, el poema titulado «Chapelgorri», dedicado a la boina, ese «maravilloso champiñón decorativo» que le hace sentirse un poco vasco al poeta cuando se lo pone. Y también debe recogerse el «Brindis a Rusiñol»:

Gloria al buen catalán que hizo a la luz sumisa
—jardinero de ideas, jardinero de sol—,
¡y al pincel, y a la pluma, y a la barba y la risa
con que nos hace alegre la vida Rusiñol!

y los cantos a los olivos de Mallorca, en el poema dedicado en Valldemosa a Juan Sureda, y las «Estrofas de Mallorca», y los versos escritos en Barcelona, en 1914, a «La Victoria de Samotracia».

Pero por encima de todo y en la unidad de las tierras de España, Rubén Darío es y se siente español y, más amplia y universalmente, hispánico:

Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.
Con la España que acaba y la que empieza,
canto y auguro, profetizo y creo,
pues Hércules allí fue como Orfeo.
Ser español es timbre de nobleza.
Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante,
alma de rosa en corazón de encina;
quiero ser quien anuncia y adivina,
que viene de la pampa y la montaña:
eco de raza, aliento que culmina,
con dos pueblos que dicen: «¡Viva España!»
y «¡Viva la República Argentina!»

Ello no impide, como es claro, que en su adolescencia, a los catorce años de edad exactamente, la presencia de España como poder político —aunque tan relativo ya— en las Antillas encendiera la pasión americanista e independizadora del maestro nicaragüense, quien escribió estos versos en el poema dedicado al Ateneo de León:

Es que Cuba lleva espinas
en la sien que le maltratan
que sus libertades matan,
sus libertades divinas;
es que las ondas marinas,
al consolar sus dolores,
le murmuran entre amores,
con su callada armonía,
que habrá de llegar un día
en que caerán sus señores...

Faltaban siete años para que España, obligada por su derrota ante Estados Unidos, abandonase Cuba, y Rubén escribiera, como veremos, su célebre soneto de 1898. Pero ya en 1888-1889, Darío dedica «A España, Madre Patria», «El salmo de la pluma», donde dice que la majestad española no es la de la «pujante y audaz locomotora» ni la de «la gran fábrica» ni la del «metal regio» o el «afinado escoplo», sino «la que da la idea», la del

trueno bíblico, la del fiat *que crea,*
la de la eterna luz;
la que levanta el alma y el corazón alienta,
la que Arihmán rechaza y en el abismo avienta,
y hace triunfar a Ormuz.

Poco después, en 1892, el maestro escribe la «Canción de España» y el breve poema «Mensajero sublime» sobre Cristóbal Colón. Es el momento del primer viaje a España del poeta, viaje que influirá de modo tan decisivo en su vida. Como ha escrito Arturo Torres Rioseco, «es difícil calcular hasta qué punto influye en la vida y en la obra de Darío este viaje a España, pero sí podemos afirmar que para él fue su camino de Damasco». Para entonces, ya publicado *Azul...*, el nombre del poeta había surgido vigorosamente y ya tenía sonoridad continental. A Rubén Darío se le podían aplicar ya sus propios versos de «El coloquio de los centauros»:

Los confines
del mar llenó el grandioso clamor; el universo
sintió que un nombre armónico, sonoro como un verso,
llenaba el hondo hueco de la altura: ese nombre
hizo gemir la tierra de amor...

Nueve años después, en 1897, el ya universal maestro lírico escribe la «Despedida de María Guerrero al público de Buenos Aires», donde afirma que lo español, concretamente en este caso, el teatro español, es también de la Argentina,

Y fuera en vosotros mengua
que desdeñarais un día,
con vuestra propia hidalguía,
vuestra raza y vuestra lengua.
Mas no; lleno de frescor,
libre, bajo el cielo brilla
el árbol cuya semilla
plantara el Conquistador.

Pero es el desastre del 98, con la guerra hispano-estadounidense y la pérdida por España de sus provincias antillanas y filipinas lo que desata totalmente el genio hispánico de Darío, como lo desatara en otras figuras preclaras de la inteligencia y de la política. En el caso rubendariano, ese desbordamiento hispánico se llama «España» y adopta la forma de soneto:

Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola;
va con rumbo a una Atlántida española,
en donde el porvenir calla y espera.

No se apague el rencor ni el odio muera
ante el pendón que el bárbaro enarbola;
si un día la justicia estuvo sola,
lo sentirá la humanidad entera.

Y bogue entre las olas espumantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes;

que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.

Estaba entonces logrado ya el triunfo literario, pese a los detractores y enemigos de turno. Así lo dice el propio poeta en el prefacio a *Cantos de vida y esperanza...*: «El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado». Pero en ese mismo lugar, Rubén Darío hace una advertencia clara sobre el contenido político que pudiera encontrarse en su obra. «Si en estos cantos hay política —dice—, es porque aparece universal. Y si encontrais versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas manera, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter».

No era nueva esta idea en Rubén Darío, quien ya bastante tiempo antes, en su poema «El poeta», había establecido una estrecha relación entre poesía y patriotismo, señalando como una función social del poeta la de cantar las glorias patrióticas de su país:

No es vate el que no se inflama
en la patriótica llama.

La mayor inflamación poético-patriótica de Rubén Darío se llamó «Salutación del optimista». No sé si se ha reparado bien en el título del poema: el saludo, la salutación, es de un «optimista», es decir, de quien ve o propende a ver el aspecto más favorable de las cosas, pero sin tener motivos fundados para ello. ¿Usó aquí bien Rubén Darío la palabra? ¿La empleó, quizá, por «esperanzado»? El maestro nicaragüense usaba las palabras con mucha precisión, pero la rapidez con que está escrito el poema —sabemos que lo escribió en unas pocas horas de la madrugada de un día, cuya tarde debía leerlo en el Ateneo de Madrid— podría autorizar a pensar que el vocablo «optimista» no está aquí bien empleado.

Este poema, «Salutación del optimista», es, en cualquier caso, dentro del libro de que forma parte —*Cantos de vida y esperanza...*, libro que según el propio poeta, encerraba «las esencias y savias» de su

«otoño»—, uno de los mejores del maestro y el de mayor contenido hispánico. Muy conocido y citado, se hace, sin embargo, imprescindible el recuerdo de sus estrofas y versos más significativos.

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria.

El saludo a las «ínclitas razas ubérrimas» a la «sangre de Hispania fecunda» se debe, como vemos, a haber llegado el momento en que «lenguas de gloria» van necesariamente a cantar «nuevos himnos». Un «vasto rumor» que «llena los ámbitos», unas «mágicas ondas de vida» que van renaciendo hacen que retroceda, engañada, la muerte, porque «se anuncia un reino nuevo» con su «reina de luz, ¡la celeste Esperanza!».

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que, a tumba
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de liras,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: «La alta virtud resucita,
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.»

¿Por qué escuchar predicciones desgraciadas? Abomínese de quienes sólo ven «zodíacos funestos» y de las manos que «apedrean las ruinas ilustres», porque en las entrañas del mundo se siente la inminencia de algo «fatal» que «conmueve la tierra», de algo como «vasto social cataclismo» que se inicia «sobre la faz del orbe». Así,

¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilionia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo
ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

«Hacia el lado del alba», sí, para ver «la gran alba futura». He aquí ya la gran esperanza, la que debía constituir «visión permanente» de todos los hombres hispánicos. Pero el alba sólo podía ser vista y la esperanza mantenerse mediante la unión:

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas, ceñidas de líricos lauros,
y las cabezas jóvenes, que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco prístino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

De este modo,

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

He aquí, en definitiva, «la sublime hermandad de las olas», de que el maestro habló al rey Oscar al darle las gracias por el «Viva España» con que el monarca nórdico saludó al suelo español, en marzo de 1899, «tras la tormenta» del 98. Toda la historia de España: la vasta floresta gloriosa de lanzas que traspasaron los Pirineos y los Andes, los de Lepanto y Otumba, los del Perú, los de Flandes, los de la fe isabelina y el sueño colombino y la creación velazqueña y el poder cortesano agradecían el «grito de hombre» del rey escandinavo, porque estaban, en efecto, vivos:

¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño;
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España!

España, la «tierra de la Caballería», la «tierra de la capa y la espada», donde se hacen los más bellos castillos y donde la sangre es «vino y fuego». Y será en España, precisamente en Mallorca, la Isla Dorada que dio al poeta un rincón para soñar sus sueños, bajo los pinos amados de su corazón, donde Rubén Darío se descubra así mismo «el amante de ensueños y formas, que viene de lejos y va al porvenir» y donde haga su confesión más honda:

Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad.
Siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad.

¡Oh, qué anciano soy, Dios santo;
oh, qué anciano soy!...
¿De dónde viene mi canto?
Y yo, ¿a dónde voy?

Es, probablemente, el punto más alto en un proceso de autodilucidación, de autoconocimiento:

El conocerme a mí mismo
ya me va costando
muchos momentos de abismo
y el cómo y el cuándo...

Pero ¿servía, acaso, la claridad latina para aclarar el misterio del yo y el no yo? El poeta creía interpretar las confidencias del viento, de la tierra, de la mar, mas solamente eran

Unas vagas confidencias
del ser y el no ser,
y fragmentos de conciencias
de ahora y de ayer.

En Mallorca, en cualquier caso, el gran maestro hispánico pasa unas jornadas memorables, junto al mar —«tan azul como el Partenopeo», advierte—, sobre cuya superficie tranquila descubre barcas pescadoras, gracioso vuelos de velas y barcos que llegan de Argel y de Barcelona. Todo es allí «alegre, fino, sano y sonoro». Tiene «arbolitos verdes llenos de mandarinas», conejos, gallinas, un Cristo y un mauser. Va al mercado, en la Plaza Mayor; se codea y roza con la muchedumbre, de la que —fiel a sí mismo siempre— destaca a las mallorquinas, «con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños». Ve la casa de Raimundo Lulio —«de los hondos espíritus, es de mis preferidos», escribe—, presencia las tormentas que encrespan las masas marinas, y se goza, en fin, con las aguas bellas, la luz dulce, la tierra fresca y la «luminosa y espléndida ribera», hasta lamentar no haber llegado a la isla antes que sus canas prematuras de alma y cabeza hicieran de él la mezcla que era de «tristeza, de vida y esperanza». Pero el maestro Darío no había llegado tarde a Mallorca; había llegado en el instante justo de descubrir la otra parte de su origen:

Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos:

los aromas, las luces, los ecos, los rüidos,
como en ondas atávicas, me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Lejos quedaba entonces la isla del Cardón, en Nicaragua. Lejos, pero presente en el corazón del poeta, pues allí se hallaba,

ruda de antigüedad, grave de mito,
la tribu, en roca de volcanes viejos,
que, como todo, aguarda su instante de infinito.

El poeta hispánico Rubén Darío ha hallado su doble manantial original y nutricio. Ha llegado a su raza:

Hisopos y espadas
han sido precisos,
unos regando el agua
y otras vertiendo el vino
de la sangre. Nutrieron
de tal modo a la raza los siglos.
Juntos alientan vástagos
de beatos e hijos
de encomenderos, con
los que tienen el signo
de descender de esclavos africanos,
o de soberbios indios,
como el gran Nicarao, que un puente de canoas
brindó al cacique amigo
para pasar el lago.
de Managua. Esto es épico y es lírico.

Agua: lago o mar; aborígenes nicaraos en canoas; atavismo griego o influencia fenicia, siempre el ansia de navegar, de sentir en su vida los misterios de la mar. Y siempre también la invariable, acuciante preocupación rubendariana por la unidad hispánica. Así lo testifica también Carmen de Burgos, la famosa *Colombine,* quien dice —en «La ofrenda de España a Rubén Darío»— que éste es el único hombre de su tiempo para quien la unión iberoamericana no era un mito ni algo impuesto convencionalmente, sino «una cosa hecha carne, una verdadera concentración».

Se presiente ya el final. La primavera y la carne acaban también, y la celeste historia del corazón rubeniano, plural en caminos y en nombres de mujer, había llegado a la última singladura. Quedaba

atrás la noche de dolor, y el poeta podía contemplar, hacia adelante, el alba pura. La vida, amarga y pesada, en climas varios y en tierras diversas, no se componía ya de pretextos de rimas ni de fantasmas cordiales. Dura era la vida, sin embargo, y ya no había princesa que cantar.

Mas, a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...

Estaba intacto el ideal. No había princesa, pero había mujer. Con el propio ser encontrado, con su origen y su fin conocidos, con todo su mundo cultural edificado, con su raíz y su sentido hispánico llenándole la sangre y el espíritu y el aliento, el poeta llegaba a «la hora segura», a la alborada, a la aurora azul. La mañana es, sin embargo, oscura, aunque «está caliente el nido». Le rodea una neblina de dolor y de mal, de lira soberbia y de soñar difuso. Su vida rara está muy próxima a la hora del despertar definitivo. Supo amar y lo amó todo: todo lo santo y todo lo inmenso, como dijera en sus precoces quince años, y todo lo pequeño y lo menos santo. Sabe «la ciencia del vivir—y la virtud de esperar». Ha visto espantos, ha sido listo y malvado y ha sido también, aunque esto él no lo diga, fundamentalmente bueno, y su alma ha vertido armonías desde que empezó a existir; su alma, que ahora «está triste hasta la muerte». Y en ese instante, a la vez cenital y crepuscular, aparece Francisca, que viene de «campos remotos y ocultos», «alma sororal», «hecha toda de amor— y de dolor y espuma», que llega «a la hora y a tiempo», porque todavía es inmenso el amor y ella es pequeña:

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáña-mé.
En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.
Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.
Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáña-mé!...

Llegado ya al fin de estas consideraciones histórico-políticas sobre la obra rubendariana, no deja de asaltarme el temor a haber incurrido en el defecto advertido casi al término de su vida por el gran maestro lírico de la Hispanidad, cuando escribió: «Nadie ha visto mis pensamientos, del modo que se deben ver». Una cosa es segura, sin embargo, y creo poder afirmarla con el respaldo de la propia creación del poeta, tan abundante cuanto necesariamente citada aquí, pues soy de los que creen que un poeta se explica, ante todo, mediante ejemplos. Quiero decir que en poesía todo lo creó Rubén Darío, poético inventor de la lengua española, como acaba de decir Neruda. Y todo nos lo ha dejado. El, a la hora suprema del último viaje, fue hallado a bordo como quería don Antonio Machado: ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar, a la que el maestro americano tuvo, más que ningún otro, por madre. Se fue, en fin, hacia el lado del alba. Pero era suya el alba de oro, y así, áurea, encendida, nos la entregó a nosotros para que ya nunca estemos ciegos; para perpetua iluminación.

JAIME DELGADO
Benedicto Mateo, 55
BARCELONA